

oídos de los Fariseos, que se pusieron en sazón. La rivalidad celosa de los Juanistas debió reforzar la oposición naciente que ya se había revelado en la metrópoli. Jesús fué advertido; sus discípulos, de los que muchos habían sido discípulos de Juan y formaban entre Juan y él un lazo constante, le transmitían los incidentes que se producían; él no quiso dar un impulso muy fuerte á la hostilidad de sus enemigos. Su obra comenzaba apenas, era prudente retirarse de la lucha: el alejamiento apaga los conflictos.

Jesús abandonó la Judea, llevando á sus discípulos, y se puso en camino para la Galilea, tomando la ruta de Samaria.



CAPITULO VI.

JESÚS ENTRE LOS SAMARITANOS.

La Samaria debe su nombre á su metrópoli, que le ha tomado de la colina "Chameron," sobre la cual un rey de Israel, Omri, nueve siglos antes de Jesús, la había edificado; la misma colina fué así llamada de "Chamor," uno de los hijos de Chanaan.*

Hállase ahí un ejemplo de la perpetuidad de los nombres y de las tradiciones en ese Oriente inmutable en donde el nombre, después de haber esperado tanto, no sabe más que acordarse.

La Samaria, después de la destitución y destierro de Archelaus, formaba parte de la provincia de Judea y dependía directamente de los procuradores romanos. País encantador, formado de valles y de montañas, formando un territorio entre la Judea y la Galilea, se extiende del llano de Saaron al del Jordán, tiene por límites al Norte el llano de Jizreel, y al Sur el Ouady Lubban. Josefo* pondera su fertilidad, sus fru-

* Gen., X, 18.

* Antig., VIII, 12, 5.

sobre sus pastos, la leche de sus rebaños, la abundancia de sus fuentes exquisitas.

Todavía hoy, á pesar de la desolación de toda la tierra palestiniiana, la Samaria guarda un aspecto menos sombrío que contrasta con la Judea, austera y dura como su suelo rocalloso. La línea de montañas es muelle, los montecillos están redondeados, los valles anchos, las aguas murmuradoras. El olivo, cuyo aspecto miserable se aduna á la tristeza de la Judea, se transforma en Samaria, el tronco y las ramas se levantan, el follaje toma un tinte claro, plateado.

Los Samaritanos eran, de parte de todos los habitantes de la Palestina, Galileos y Judeanos, el objeto de un odio profundo que remontaba á muchos siglos; el tiempo, en vez de amoriguarlo, no había hecho más que envenenarlo. El origen primero de este odio fué el cisma de las diez tribus, que rompió la unidad del reinado de David; después llegaron el destierro y la calda del reinado de Israel. La Samaria á quien, la deportación había desolado, fué invadida por colonos extranjeros venidos de las provincias de Babel, de Cuthra, de Ava, de Hamat, de Sapharvaim, para poblar de nuevo al país, por orden de Salmanazar. La sangre de Ephraim se mezcló á la sangre de esos paganos, y, aun cuando la religión de Moisés permaneció soberana entre los Samaritanos, los Israelitas, rehusando reconocerles como hermanos, agregaron á su antiguo odio el desprecio: ellos les llamaban "Cutheanos," del nombre de una de las tribus paganas con las que ellos se habían malcasado.¹ Cuando los colonos judeanos llegaron de Babylonia, conducidos por Zorobabel, y pensaron reconstruir á Jerusalem y al Templo, bajo la inspiración de Esdras y de Nehemias, ellos rechazaron con indignación el concurso de los Samaritanos. La injuria fué cruel; en Samaria se acordaron dos siglos más tarde. Manases, el hermano del gran sacerdote Jaddua, explotó este rencor y edificó, con el permiso de Alejandro,

¹ Act., IX, 14.

sobre el Garizim, un templo rival del de Jerusalem.² Este atentado sacrilego redobló la animosidad de los verdaderos Judíos, contra los herejes y los cismáticos. El Templo de Garizim, fué destruido por el Asmoneano Juan Hircano, el año 129 antes de Jesucristo. Las ruinas subsisten todavía, y la montaña, descoronada de su santuario, permanece para los vencidos un lugar de adoración. Los raros supervivientes de la secta judía le llaman, aun hoy mismo, con el nombre de santo, de bendito; y como los Judíos miran hacia Sion, á la hora de la oración, los Samaritanos vuelven el rostro hacia el Garizim.

En el primer siglo, en la época de Jesús, las relaciones entre los Judíos y los Samaritanos no habían perdido nada de su hostilidad odiosa. Todo dura y se refuerza en esta raza obstinada. No carecía de peligro atravesar la Samaria yendo á Jerusalem; muchos Galileos se desviaban para evitarle, y se ajustaban en el valle del Jordán ó á través del llano del Saaron. Los Samaritanos se vengaban del desprecio con la violencia; ellos rehusaban la hospitalidad.

El ostracismo al que estaban condenados, hacia muchos siglos, les habla tenido absolutamente extraños á todo el desarrollo religioso de Israel. Ellos se contentaban con el Pentateuco y tal vez con los antiguos profetas; pero nada de la doctrina farisaica tenía acceso entre ellos. El único punto de contacto con los Judíos, en ese tiempo, es que ellos esperaban, como ellos, al Mesías, el gran profeta anunciado por Moisés.³

Esta esperanza era exclusivamente religiosa; ninguna ambición política, ninguna ilusión terrestre, alteraba la pureza. Su gran profeta no era, como entre los Judíos, el Dominador universal, sino un enviado semejante á Moisés, un legislador, un reformador, cuyo papel sería del todo moral y espiritual.

Ellos no rechazaban solamente la tradición y las observancias de los doctores, ellos las ignoraban. Nada puede traducir el desdén que los Maestros, los ortodoxos rígidos, tenían por

² Antig., XI, 8, 2.

³ Deut., XVIII, 25.

esta colonia, abominable á sus ojos; ellos evitaban nombrarla; la última injuria en su boca no era el epíteto de pagano ó de publicano, era la de Samaritano.

Ella no fué perdonada á Jesús.¹

Lejos de participar de los sentimientos y de las preocupaciones de sus contemporáneos, Jesús amaba á esos excomulgados de Samaria;² y si él quiso, al dejar la Judea, atravesar su territorio, es porque él sabía hallar ahí, en ese medio cerrado á la influencia de sus enemigos, un suelo preparado para recibir su palabra.

Su esperanza no fué burlada.

Toda esa vieja tierra de Kanaan está poblada de recuerdos. Los más sagrados se agrupan al rededor de la antigua Sichem. Esta ciudad que tenía su nombre de un jefe de la tribu de los Heveanos, estaba situada entre el Ebal y el Garizim, en el cruzamiento de dos vías de las que una ponía en comunicación la "gran mar,"³ con el Jordán y los países de más allá; la otra, la Mesopotamia y los llanos de la Caldea con el Egipto y el Occidente. No lejos se hallaba el bosque de encinos de Moreh, en donde Abraham había acampado y en donde Dios le había dicho: "Yo daré esta tierra á tu raza." En memoria de su visión, el Padre de los creyentes había levantado en este lugar una piedra á Jehovah.⁴

Jacob, á su regreso de Mesopotamia, en donde había servido dos veces siete años su tío Laban, había allí armado sus tiendas, y también él había ahí erigido una piedra para sacrificar al Omnipotente de Israel. El patriarca compró un campo cerca de Moreh y allí cavó, para las necesidades de su familia y de sus rebaños, un pozo profundo.⁵ Ahí fué á donde José, al morir en Egipto, pidió un día ser sepultado. Moisés, hu-

¹ Juan, VII, 42.

² Luc., X, XVII.

³ Expresión usada entre los escritores hebreos para designar el Mediterráneo.

⁴ Génesis, XII, 7.

⁵ Génesis, XXIII, 18.

yendo la tierra de los Faraones, se acordó de las últimas voluntades del gran hombre; él llevó sus huesos hasta el suelo de Kanaan,¹ y fué José quien vino á depositarlos en el campo comprado por Jacob al hijo de Chamor, el Heveano.² También ahí, sobre las pendientes del Ebal y del Garizim, Josué dispuso las doce tribus é hizo proclamar las bendiciones y las maldiciones que se leen en el Deuteronomio.³

Sichem, engrandecida, llegó á ser la capital del reinado de Israel, mas su esplendor bien pronto se desvaneció.

En los tiempos de Jesús, la provincia de Samaria tenía por metrópoli á una ciudad nueva, construída por Herodes al Este de la antigua capital, sobre la colina que domina el llano de Saaron, y llamada por el Sebaste, del nombre de Augusto, su suzerano todopoderoso. Pero Sichem, permaneció venerable por sus recuerdos; su situación privilegiada cerca de las dos vías que forman las principales líneas de comunicación entre el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía, le valió una gran importancia comercial: los Judíos la llamaban desdenosamente Sychar.⁴

Cuando Jesús, siguiendo la misma ruta que había visto pasar á Abraham y á Jacob, regresaba de Judea á Galilea, se detuvo justamente cerca de Sichem, la ciudad desafiada, en el campo que Jacob había dado á José, su hijo, y en las orillas del pozo cavado por el patriarca.⁵ Fatigado del viaje, él se sentó en el brocal. Esto fué en la estación de invierno, á mediados de Diciembre. Era medio día, la sexta hora del día,

¹ Exodo, XIII, 19.

² Josué, XXIV, 32.

³ Deut. XXVII, XXX.

⁴ El nombre de Sychar ó Sychar, parece ser, en efecto, un apodo injurioso dado por los Judíos, en cierta época, á la ciudad de Sichem. Puede derivarse del hebreo "seger," mentira, ó "sico," borracho. En el primer caso, los Judíos habrían hecho alusión al culto, mezclado del paganismo, de los Samaritanos; en el segundo, ellos habrían realizado su vicio común, á lo que parece, entre los habitantes de la montaña de Ephraim. Varios pasajes de la historia hablan de los borrachos de Ephraim. (Isaías, XXVIII, 1, 3).

⁵ Juan, IV, 1, y sig.

según los Orientales. Los discípulos hablan ido hasta la ciudad á comprar víveres, dejándolo solo.

El parecía esperar.

Una mujer de Samaria llegó á sacar agua.

Jesús, la dijo: " Dame de beber."

Mas ella, por su lenguaje, reconociendo á un Judío, se excusó. ¿Cómo, le dijo ella, vos, Judío, me pedís de beber, á mí, una Samaritana? Los Judíos se desdeñan de pedir algo á los Samaritanos.

Jesús le respondió: " Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tal vez tú misma lo hubieras solicitado, y él te hubiera dado agua viva."

Esta palabra enigmática sorprendió á la Samaritana y despertó su curiosidad.—Señor, le dijo ella, no tenéis con qué sacar, y el pozo es profundo. ¿De dónde tendríais, pues, el agua viva? ¿Hay una agua mejor que esta? ¿Por ventura sois más grande que nuestro padre Jacob, quien ha dado este pozo y él mismo ha bebido, sus hijos y sus rebaños?

Jesús, siguiendo su pensamiento y queriendo elevar el de la mujer, la respondió: " El que bebe de esta agua tendrá sed todavía; mas quien beba del agua que yo le dé, jamás tendrá sed. El agua que yo le daré llegará á ser para él una fuente brotante hasta la vida eterna."

La mujer, más curiosa todavía que perspicaz, le dijo con vaciedad:—Señor, dame de esta agua, á fin de que ya no tenga más sed y no la venga á sacar de aquí.

Jesús bien vió que la Samaritana no comprendía el sentido de sus palabras; á fin de abrir sus ojos á la verdad, quiso penetrar su conciencia: ahí es adonde es preciso tocar para que el alma se abra y comprenda á Dios.

—" Vete, la dijo él, llama á tu marido y vuelve á aquí."

La palabra había llegado; ella trató de ocultarse por una respuesta ambigua, no queriendo ni entregarse ni mentir:—Yo no tengo marido, dijo ella. Jesús replicó: " Has dicho bien que no tienes marido. Tú has tenido cinco hombres, y el que

ahora tienes no es tu marido. Tú has dicho verdad en esto."

—Señor, exclamó la mujer, sintiéndose adivinada, veo que sois un profeta.

Inmediatamente su pensamiento se elevó.—Nuestros padres, añadió ella, señalando al Garizim, han adorado sobre esta montaña, y vosotros, Judíos, decís que el lugar en que se debe adorar, es Jerusalem.

—" Mujer, creeme, he aquí la hora en donde, en lo sucesivo, no adoraréis al Padre ni sobre esta montaña ni en Jerusalem. Vosotros, Samaritanos, adoráis lo que no conocéis; nosotros, Judíos, adoramos lo que sabemos, porque la salvación prometida por Dios, viene de los Judíos.

" Mas he aquí la hora,—y ella ya vino,—en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque éstos son los que busca el Padre. Dios es Espíritu, y los que le adoran le deben adorar en Espíritu y en Verdad."

—Yo sé, dijo la mujer, repitiendo una idea que se había hecho popular, yo sé que el Mesías va á venir.

Y, del todo dispuesta, en la sencillez de su fe, á escucharle:—Cuando haya venido, agregó ella, él nos anunciará todas las cosas.

Jesús, viendo abierta á esta alma, se descubrió.

—" El Mesías, le dijo él, soy yo, yo que te hablo."

Este encuentro de una mujer en el pozo de Jacob, esta petición de un vaso de agua, ese coloquio, esos incidentes tan comunes de la vida, dieron á Jesús la ocasión de una manifestación de sí mismo, arrebataadora y sublime en su intensidad.

El es el Cristo, aquel que viene y que se espera entre los Samaritanos y entre los Judíos y en la humanidad entera, él lo dijo á una pecadora á quien ha transformado su presencia, á quien su palabra inició en la vida eterna; él se llama el don de Dios; á cualquiera que lo pida, él comunica el Espíritu que

él llama el agua viva, refiriendo ese símbolo al agua misma que él pidió á la Samaritana.

¿Quién es ese Espíritu? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Impenetrable en sí mismo, él no es conocido sino en sus efectos, porque él llega á ser en el alma de los creyentes una fuente inagotable, quien sola, apaga la sed de sus aspiraciones infinitas. Como las fuentes terrestres, cuyo punto de llegada está á la altura de su origen, el agua viva del Espíritu sale de las profundidades de Dios, brota en la conciencia y va á perderse en Dios. Dar esta agua viva, he aquí la función propia del Mesías: él es el verdadero pozo de Jacob, cavado por Dios mismo en el cruce de las rutas por las que pasa la caravana humana; él así funda la Religión eterna, el culto en Espíritu y en Verdad. En lo de adelante, más Jerusalem, más Garizim; él es el único Templo, y este Templo está en toda alma en donde el Espíritu habita y que adora á Dios en este Espíritu de amor y de verdad: esta es su Iglesia y su reinado.

Mientras que Jesús evangelizaba á la Samaritana, sus discípulos volvieron de la ciudad. Ellos se admiraron de ver al Maestro conversar de esta manera. La costumbre judía trataba á la mujer con cierto desprecio, no se la saludaba, no se platicaba en público ni con su propia mujer. Los rabinos, exagerando todavía esos usos severos, desdaban instruírla.—Arrojad las palabras de la Ley al fuego, decían con un áspero orgullo, más bien que comunicárselas. Los discípulos de Jesús debían estar imbuidos de estas preocupaciones: de allí su admiración. Pero era tal el respeto religioso para con su Maestro, que ninguno de ellos se atrevió á manifestarle su sorpresa y no se permitió la menor reflexión; ellos no tuvieron ni aun la curiosidad de preguntarle lo que él decía á esta mujer de Samaria.

Jesús obedeció á una ley más alta; con gran escándalo de los Fariseos, él no tiene ningún cuidado de las tradiciones humanas y no vacila nunca en hollarlas, siempre que las en-

cuentre opuestas á su obra. Por una iniciativa soberana, sea que él hable, sea que él obre, en las circunstancias más sencillas de la vida, él no escapa solamente á su medio, él domina los tiempos. Jamás se sorprende en él al Judío, con sus estrecheces y su particularismo; es el Hijo del hombre que se muestra con la eterna belleza y verdad; sus actos exigen costumbres nuevas, sus palabras enriquecen á la razón con claridades sobrehumanas y le inician en los secretos impenetrables de Dios.

Esta conversación en el borde del pozo de Jacob con una mujer, y una mujer decaída, permanece como uno de los testimonios más conmovedores de la bondad y de la misericordia de Cristo; él se manifiesta ya el buen pastor que lleva á las ovejas descarriadas. Todo lo que es débil, errante, separado, está destinado á ser de su rebaño; para pertenecerle la miseria es un título. Quién dirá lo que la mujer debe de elevación y de honor á esta Samaritana á quien el Maestro no se desdénó pedirle de beber, y con la cual él ha platicado de esta agua misteriosa que desaltera á los que, como la mujer, han sentido en el dolor una sed más ardiente del eterno consuelo!

A la llegada de los discípulos, la Samaritana se alejó, dejando, para la comida de los viajeros, su urna llena; muy emocionada por lo que acaba de saber, ella se fué á la ciudad. La mujer tiene necesidad de comunicar lo que la agita y de decirlo á todos. Jesús bien sabía que sus palabras serían repetidas en Sicheim.

—Venid y ved, dijo ella á todos los que encontró, yo he hallado en el pozo de Jacob á un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho; quizá él es el Mesías.

La idea de que el gran Profeta podía estar allí puso á la ciudad en conmoción; quien conoce el Oriente, siempre tan móvil, tan curioso de novedades y de religión, no se admirará del efecto producido por la sencilla palabra de una mujer. Los habitantes de Sicheim salieron y se encaminaron hacia el pozo del patriarca.

Durante este tiempo, Jesús, siempre sentado, parecía absorber, menos por la fatiga del viaje que por el pensamiento de la obra que iba á cumplirse y que la providencia de su Padre acababa de inaugurar en Samaria.

El no comía.

—Maestro, le dijeron sus discípulos, comed, nosotros os lo suplicamos.

El rehusó.

—“Para mí, dijo él, tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis.”

Ellos no se atrevieron á insistir, y, no sospechando el pensamiento íntimo de Jesús, ellos se decían silenciosamente el uno al otro:—¿Acaso alguno le ha traído de comer?

Jesús les desengañó.

—“Mi alimento, agregó él, es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y cumplir su obra.”

A medida que el hombre se eleva, él escapa más á la tiranía de las necesidades. El cuerpo vive de la tierra, pero el alma se nutre de Dios; saciado de él, ella sostiene y levanta al cuerpo desfallecido. El sentimiento del deber, bajo su forma más elevada y más pura, estaba en Jesús en toda su energía. La voz de su Padre hablando al interior, esta era su conciencia; obedecerle, esta era su vida. El hombre desfallece á toda hora, distraído, incierto, inconstante, cediendo á la inclinación de sus instintos y flexible bajo el sacrificio; la voluntad de Dios ha pedido á Jesús esfuerzos heroicos, él ha hecho su alimento. Mas, en este momento, la voluntad del Padre está llena de dulzura; después de las primeras dificultades contra las cuales él tropezó en Jerusalem y en Judea, he aquí, en la Samaria, una tierra abandonada, toda una ciudad que se emociona y que viene á él.

En efecto, como él hablaba de lo que le hacía vivir, él se volvió hacia Sichem. Los habitantes se acercaban.

El interpeló á sus discípulos.

—“¿No decís que, en cuatro meses, esta será la cosecha? Y bien, yo, os digo: Levantad los ojos y ved á los campos que blanquean ya por la cosecha.”

Esta multitud de Samaritanos le parecía como un campo maduro; él tuvo un estremecimiento de alegría, al verlos venir.

“El segador es dichoso,” añadió. Las espigas son su recompensa, “él las recoge para la vida eterna. Así, el sembrador y el segador pueden juntarse.” Pues, es preciso reconocerlo, “uno es el que siembra, otro el que siega.” El Padre ha dividido la tarea. “Yo os enví á segar lo que no habéis sembrado. Otros han trabajado, y vosotros entráis en sus trabajos.”

Jesús hacía alusión á los patriarcas y profetas, cuya palabra, arrojada al suelo como una semilla divina, había dormido allí por muchos siglos, y la que, de repente, á su voz y bajo su acción, se convirtió en una siembra madura presta á caer bajo la hoz de sus discípulos.

Los Sicheimitas le hicieron un recibimiento entusiasta y le suplicaron permaneciera con ellos. Sus preocupaciones hostiles no tardaron en desvanecerse. Jesús cedió á sus instancias, fué á Sichem y allí permaneció dos días.

La narración sumaria de San Juan no nos da ningún detalle acerca de esta evangelización de la ciudad de Sichem. El éxito fué extraordinario. Con sólo el testimonio de la mujer, muchos creían ya en Jesús; pero cuando ellos le escucharon á él mismo, un gran número todavía reconoció en él al Mesías esperado. No se trata de signos y de milagros, como en Jerusalem y en Judea. Esta raza despreciada, esos excomulgados de los Judíos, parecen no haber tenido necesidad, para adherirse á Jesús, que escucharle. Es probable que él les reveló, como á la Samaritana, el misterio de su mesianidad y de su reino al que todo hombre es llamado, sin distinción de raza, con la única condición de creer en su palabra. El les exaltó del desdén secular con el que los Judíos les abrumaban; como ellos creían en Moi-

sés, ellos creyeron en el Profeta de quien Moisés había anunciado la venida, y vieron en él al Salvador del mundo.

Este apostolado en Samaria llenó á Jesús de una santa alegría. El no halló ninguna oposición, no tropezó con ninguna barrera de preocupaciones ó de vanas doctrinas, de curiosidad humana ó de legalidad; ninguna autoridad recelosa para exigirle los títulos de su misión; ningún Fariseo para oponer á su palabra las argucias de su ciencia soberbia; ninguna multitud exaltada y exigente para reclamar milagros.

El debió haber visto ahí un presagio del porvenir reservado á su doctrina, cuando un día, franqueando los estrechos límites de la Judea, ella invadiría á todo el mundo pagano. Esta pequeña cosecha fué el preludio de la grande, porque él sabía que su reino era el reino de los humildes y de los desheredados, de los pequeños y de los pobres, de los hambrientos y de los sedientos. A medida que se sufre más, su acceso es más fácil.

El hará la prueba en su corta carrera. La Samaria le recibe mejor que la Galilea, la Galilea mejor que la Judea, la campaña judeana mejor que la metrópoli, el pueblo mejor que los doctores, los doctores mejor que la jerarquía, los ignorantes mejor que los letrados, los pecadores mejor que los que se dicen justos, los paganos mejor que los Judíos. Esta es una ley en la grande obra de la salvación por Cristo, ella se perpetúa y se comprueba siempre á través de la historia: á medida que el hombre crece se complace en sí mismo, en su fuerza, en su ciencia, en sus falsas virtudes, se hace más refractario á la acción de Jesús; es preciso que él esté sacudido por el dolor, abrumado con el sentimiento de su miseria, para que él la sufra y reconozca en él, como los Samaritanos, al verdadero Salvador del mundo.

De la ciudad evangelizada por Jesús, no resta más que una miserable aldea bajo el nombre de Balata. Desde Vespaciano, Sichem estaba situada más al Oeste y se había convertido en

la ciudad, "Flavia," actualmente "Naplous." Mas una tradición no interrumpida y universal, ha conservado el recuerdo de la tumba de José, del campo de Jacob. El pozo, al que la conversación de Jesús ha dado más celebridad que el patriarca, existe siempre profundo, y en la estación de invierno, medio lleno de agua. Una bóveda casi desplomada le cubre y deja ver el orificio primitivo; un montón de ruinas le rodea; cinco columnas de granito mutiladas, esparcidas, sepultadas bajo los escombros, cubiertas por las yerbas altas, atestiguan solas la fe y la piedad de los primeros cristianos, que han querido honrar el lugar en donde Jesús dijo: "El tiempo llega: en el que no se adorará ya en Garizim ni en Jerusalem, sino en Espíritu y en Verdad."

El rincón de tierra en donde esas palabras fueron pronunciadas no las ha guardado. El Garizim ni el Ebal repercuten más el eco de esa naturaleza muerta é inundada de luz; los musulmanes que pasan cerca del pozo desecado, no conocen á aquel que se sentó ahí un día y que ha sacado á sus abuelos de Oriente y á sus compañeros de Occidente de la servidumbre en la que ellos mismos gimen aún. Para hallar allí las palabras de Jesús, es preciso llevarlas en una alma creyente, del Occidente á donde ellas se han escapado.

Las palabras del Maestro son Espíritu y vida, ellas no pueden ser limitadas ni por el tiempo ni por el espacio; el universo las ha escuchado y las escucha todavía, mejor que la Samaritana y los Sichemitas; ellas han franqueado el estrecho valle cercado entre el Ebal y el Garizim é invadido la tierra; por millones ellas han suscitado los adoradores del Padre en Espíritu y Verdad, tales como el Padre les quiere.

Después de esta detención de dos días, Jesús continuó su viaje hacia la Galilea. La acogida tan llena de fe que él había recibido de esos extranjeros, de esos semi-paganos, no dejaba de enternecerle y de conmoverle; al regresar á su país, entre los suyos, á donde su destino mesiánico le exigía obrar, él pensaba naturalmente en las dificultades que le esperaban, en

las repulsiones que él provocaría y de las que ya había experimentado, en Jerusalem, la dureza y la violencia. En su tristeza, él comparaba á los Samaritanos con los Judíos, á los que él dejaba con los que iba á buscar, y decía á sus discípulos una palabra que volvía á menudo en sus labios: "Sólo en su tierra un profeta está sin honor."¹

Sin embargo, la Galilea no había permanecido extraña ni indiferente á la fama creciente de Jesús. El esplendor de su manifestación en la metrópoli, el éxito de su apostolado en los campos de Judea respecto al pueblo, las señales extraordinarias que apoyaban su influencia y su acción, todo contribuyó á hacerle célebre entre sus compatriotas. Un gran número, por lo demás, había podido ver con sus ojos, en Jerusalem misma y en las orillas del Jordán, su potestad de thaumaturgo: ahí estaba sobre todo lo que conmovió á esos espíritus ávidos de lo maravilloso. Jesús sufrió por esa disposición de alma, él reprobó esa inclinación, ese atractivo vehemente por el milagro, en ello vió un secreto egotismo, una exigencia fuera de su lugar, una falta de confianza, una curiosidad culpable.

—"Si vosotros no veis," les dijo él con un tono de reproche, "señales y prodigios, vosotros no creéis."²

Sin embargo, por causa de la fama que le precedía, él fué acogido favorablemente por los Galileos.

La pequeña caravana se separó. Los discípulos regresaron todos á su país, unos á Caná, otros á Bethsaida y á Capharnaum. Respecto de él no parece haber vuelto á Nazareth; él le evitó como en su primer regreso y por motivos que ignoramos, y él se retiró á Caná, en donde su madre debía habitar aún entre los parientes y los amigos.

Merced á la disposición de los discípulos, el ruido de la venida de Jesús no tardó en esparcirse en todas las provincias y

¹ Juan, IV, 44; cf. Mat., XIII, 57; Marc., VI, 4; Luc., III, 24.

² Juan, IV, 45.

³ Juan, IV, 48.

en la ciudad de Capharnaum en particular, en donde Pedro residía. Un hecho deslumbrador acreció la gloria del profeta de Galilea, y llevó su nombre hasta la corte de Herodes Antipas.³

Uno de los oficiales del tetrarca, tenía á su hijo enfermo, en Capharnaum. Habiendo sabido que Jesús estaba de regreso en Galilea, en Caná, fué á su casa y le suplicó que bajara á Capharnaum, á fin de curar á su hijo que agonizaba.

Los mensajes, las visitas, las embajadas, en Oriente, siempre han tenido cierta solemnidad; el alto personaje que se presentó á Jesús debió haber tenido su escolta, y con ella entró á la mansión del profeta.

Jesús no pareció acoger su súplica desde luego. El bien sabía que no era al Mesías al que se venía á buscar en él, sino al hombre de los milagros y al curandero de las miserias materiales. Esta fe no le tocaba para nada. Sin mirar primero al dolor del padre suplicante, sino como verdadero Salvador siempre más preocupado de curar al alma que al cuerpo:

—Qué fe es la vuestra! exclamó él, "siempre os son necesarias señales y prodigios, si no, no creéis en mi misión."

Este tono de reproche aumentó el dolor del padre.—Señor, le dijo él con instancia, bajad conmigo antes que mi hijo muera.

Jesús se dejó conmover.

—"Vete, le dijo, vuelve á tu casa, tu hijo esta curado." La palabra de Jesús terminó siempre por penetrar el alma.

Se demuestra aquí, de una manera contundente, con qué arte él sabe provocar la confianza total. El amor á los sencillos quienes, aun antes de haber visto sus señales, van á él con un movimiento espontáneo y le dan crédito de una fe naciente; bajo esta condición es como él deja obrar á sus virtudes divinas. A fin de dar la confianza al consejero de Herodes, él le afirma que su hijo está curado, y éste, aun antes de

¹ Juan, IV, 47 y sig.

haberlo comprobado, sin vacilación y sin reserva, creyó en lo que Jesús decía, él tuvo fe, una plena fe, y se marchó.

Ahora, como él estaba en camino para Capharnaum, él vio venir delante de él á sus servidores, impacientes de anunciarles la dichosa noticia: su hijo vivía. El quiso saber á qué hora había sido curado.

—La fiebre le ha dejado á la séptima hora, le respondieron sus gentes.

El padre notó la coincidencia; fué esta precisamente la hora en la que Jesús le había dicho: "Vete, tu hijo está vivo."

La familia entera del oficial del tetrarca creyó en el nuevo profeta. El milagro no dejó de hacer mucho ruido; lo que pasa entre la multitud no llega siempre á los grandes y se pierde en la obscuridad del pueblo; lo que atañe á los grandes, participa de la consideración y del respeto que les rodean.

Esta curación á distancia es una imposibilidad humana, pero un hecho divino.¹ El hombre que juzga á la historia á la medida de las energías comprobadas, la rechaza; el que la juzga lo que ella es, á la medida de Dios, la recibe como un testimonio de su virtud infinita; el primero la restringe y la mutila; el segundo, eludiéndose á sí mismo ante la omnipotencia que todo lo arregla, la engrandece. Ese prodigio no es más que el primero de los que Jesús multiplicará en esta tierra de Galilea, cuando venga allí á fijar su residencia; tanto como el

¹ Ese milagro que supone en el taumaturgo un conocimiento y un poder sobrehumanos, ha sido, naturalmente, rechazado como todos los hechos de ese género por la escuela racionalista. La negación es fácil; pero la negación no explica nada la narración que los documentos nos han conservado. La teoría mítica de Strauss no ha sabido hallar nada de verosímil para dar cuerpo á esta leyenda por alguna narración análoga del Antiguo Testamento. Ella ha recordado á propósito que Elias había curado, á distancia y sin dejar su morada, á un cierto Naaman, un leproso, ordenándole fuese á sumergirse siete veces en el Jordán. Esto es abusar de la sencillez del lector al pedirle más fe de la que exige el milagro.

Weisse ha querido ver en esta narración una parábola. Los documentos se oponen á ello. Nada puede legitimar semejante interpretación. Lo que es cierto, es que el hecho referido tiene un carácter típico como todos los hechos evangélicos. Ese pagano de Capharnaum es la imagen del mundo de los gentiles quienes, no habiendo visto á Cristo como los Judíos, sin embargo han sentido la acción soberana de su virtud divina.

de Caná se había verificado con reserva y misterio, tanto el de la curación del hijo del oficial de Antipas se verificó con brillo. Importa, en efecto, que la opinión esté preparada poco á poco á la acción que Jesús va á ejercer sobre ella. Nada contribuye más eficazmente que esas obras divinas en las que aparece la unión estrecha, absoluta, de Jesús y de su Padre. El promete lo imposible, en el sentido humano de la palabra, y realiza lo imposible con aquellos que, á ejemplo del Capharnaíta, prestan fe á su palabra.

La residencia de Jesús en Galilea, en este segundo viaje, se prolongó desde el mes de Diciembre de 781 hasta una fiesta de la que el cuarto Evangelio no da el nombre, pero que suponemos haber sido la de los Purim ó de las Suertes;¹ ella se celebraba en el mes de Adar, que corresponde á nuestro mes de Febrero, dos meses antes de la Pascua. Jesús, cuyo centro de actividad estaba todavía en Jerusalem y en Judea, se transportó con motivo de esta solemnidad á la metrópoli. Ignoramos absolutamente el detalle de sus obras antes de su viaje. Es verosímil que entonces él visitó más de una vez á sus discípulos de Bethsaida y de Capharnaum, y se reveló por más de una señal; pero ahí hay una página en blanco que en defecto de documentos no debemos llenar con hipótesis. No sabemos absolutamente quién le acompañó á Jerusalem. Todo lo que se puede decir, según el testimonio de San Juan,² es que la nueva venida de Jesús á la ciudad santa tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de su misión.

¹ Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús, II. La inauguración del ministerio público en Galilea.

² Juan, V.